

IRIS



Núm. 196

BARCELONA, 7 FEBRERO 1903

25 CENTS.

Ayuntamiento de Madrid





Divertidísimo espectáculo es el que ofrecen gratuitamente al pueblo español los famosos fusionistas, que, con una amabilidad que nunca se les podrá agradecer bastante, no han vacilado en presentarse en camisa ante la regocijada galería.

No podía esperarse menos de ese rebaño, una vez desaparecido el Viejo Pastor que lo guiaba. La escena de D. Quijote, Sancho, Maritornes, el ventero y los cuadrilleros ha tenido una segunda edición, más alborozada aun que la primera.

¡Qué siga la gresca, pues no se ofrece cada día ocasión de soltar la carcajada con tanto gusto!

Continúa la racha de los crímenes *pasionales*, á cargo de zapateros de portal, porteros y demás héroes, víctimas del amílico.

Desde que la gente ha dejado de leer las novelas de Fernández y Gonzáles y Ortega y Frías las *corrientes* van por otra parte, favorecidas, con extraordinario éxito, por la prensa de mayor circulación.

Todo asesino está seguro de verse retratado, para satisfacción y orgullo de la patria, en la parte más visible de los papeles públicos, iguales á los que exhiben esos loteros en cuya administración se han despachado los billetes premiados.

Y no hay duda que la popularización de los retratos de los zapateros, mondongueros, atracadores, *Mamedes* y planchadoras de cráneos vivos es una de las altas misiones que incumben al periodismo.

Lo digno de severa crítica es que no publiquen también dibujos ó fotografías del acto de darles garrote á los condenados á muerte, pero suponemos que no nos veremos privados por mucho tiempo de la correspondiente instantánea.

Ha producido efecto en los amantes de nuestras gloriosas tradiciones picarescas el descubrimiento de una academia de rateros. Gracias al cielo la descendencia de Monipodio no se ha extinguido; Miguel de Lucas, ó si se quiere, Pedro Conti, dirigía con admirable habilidad los estudios de los jóvenes alumnos de la academia; la enseñanza era completísima, verdaderamente *integral*, concediéndose la debida importancia á la asignatura del ciclismo. El doctor ó dómine Lucas, susodicho, había escogido para las prácticas de las bicicletas un velódromo cerca de la plaza de Oriente; de manera que el colegio, establecido en una casa de la calle de la Morera, contaba con todos los adelantos modernos.

Lo de Marruecos se ha convertido en el cuento de la buena pipa y pueden darse por desvanecidos los sueños épicos de los que pretendían plantarse de un salto hasta el Atlas, que es, según dicen los *expansionistas*, nuestra frontera natural, dándole así la razón á Alejandro Dumas. Yo me alegro mucho, pues hubiera sido una triste gracia que hubiésemos vuelto á aquello de que el *Conde de Venadito* ha arrasado á *Frajana*, para luego salir con que todo se reducía á un *cañoneo lento*. Vale más que miremos el Africa desde casa.

Ya ha presentado sus credenciales al Rey el ministro de la República de Cuba, Sr. Merchan, y se ha podido contemplar la bandera de la *Estrella solitaria* ondeando en los balcones de la legación, al mismo tiempo que se habla de construir un monumento á Sagasta, y el Sr. Montero Rios es reconocido jefe de un pedazo de partido.

En Francia, como menos patriotas que nosotros, no consintieron que Olivier, ni Grammont, ni Bazaine, ni Lebœuf, ni Faily volvieran á levantar cabeza; en Italia le dieron la dimisoria á Barattieri y en Austria el feld mariscal Benedeck, derrotado en Sadowa, se pegó un tiro.

Como también se pegó un tiro el almirante Villeneuve, al negarse á ser recibido por Napoleón después del destrozo de Trafalgar.

Aquí somos de otra pasta: por haber recibido el general Cuesta el gran julepe en la batalla de Medellín se le ascendió á *príncipe de la milicia*, como llegará á serlo también, indudablemente, el inventor de la *trocha*, que tanto gusto dió hace algunos años.

ARGOS





PREPARANDOSE PARA EL BAILE

Ayuntamiento de Madrid

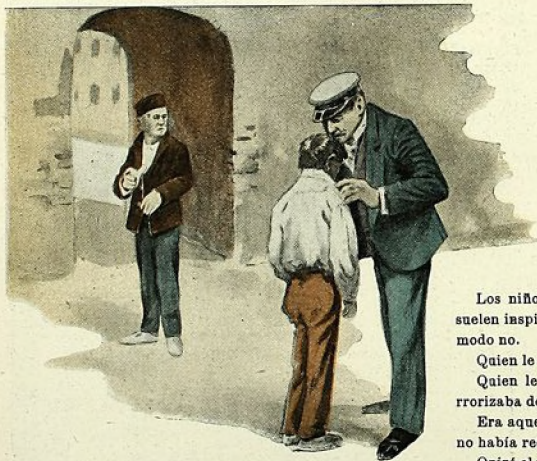


## EL BESO

Juanillón era de todos los individuos que había recluidos en el penal el más temible y de historia más negra.

Por sus actos de rebeldía, por sus procaces contestaciones, por su condición aviesa, por su afición, vocación horrible de ver la sangre humeante salir á caños de la brecha abierta por su navaja en un cuerpo humano, era de todos temido en el presidio.

Había salvado del garrote gracias á un indulto, pero su fin estaba previsto; hay quien tiene ganado el cielo en la tierra, Juanillón se había ganado el infierno sin recomendaciones ni influencias.



Como si alguien tuviera empeño en que la maldad se heredase, Juanillón tenía un hijo, un hijo marcado ya desde su nacimiento para ir á presidio.

Era feo, enclenque, malo de condición y un compendio del padre y la madre, dos grandes infamias en un cuerpecillo menudo.

Los niños por muy feos que sean suelen inspirar simpatía, aquel Cuasimodo no.

Quien le veía se apartaba de él. Quien le encontraba al paso se horrorizaba de su fealdad.

Era aquel niño quizá el único que no había recibido un beso.

Quizá el primero que no hubiese inspirado una palabra de lástima.

Quizá el solo ejemplar de la especie humana, que no hubiese sido objeto, ni de una limosna de compasión.

Juanillón que era un ogro, no odiaba á su hijo, pero tampoco le amaba.

Si iba á visitarlo al presidio lo trataba con desdago.

Juanillón aunque hubiese sentido una gran pasión de amor por su hijo tampoco él le hubiera acariciado, porque creía que eso estaba muy mal en los hombres y que era cosa de madamas.

Una vez fué el hijo de Juanillón al presidio y á la entrada tropezó, dió con su cuerpo en tierra y quedó lamentándose, dando fuertes ayes.

Acertaba á pasar por su lado el Jefe de la prisión y lo levantó y después de acariciarlo le dió un beso.

Juanillón lo vió y calló.

Una tarde en una de las cuadras del penal hubo otn.

El Jefe de la prisión penetró en ella y quiso imponerse á los sublevados, pero la empresa no parecía fácil.

El cabeza del motín era Juanillón, no se las prometía muy buenas el personal de la cárcel y por eso fué grande su sorpresa cuando vieron á Juanillón deponer las armas al ver al Jefe y trocarse en manso cordero.

Otro de los reclusos afeó á Juanillón su conducta y se puso al frente de los indisciplinados.

Como el Jefe era hombre valeroso se dirigió al nuevo caudillo para reducirlo á la obediencia.

El presidiario al ver venir al Jefe, empuñó una navaja y le dirigió un golpe rápido, que por pronto que acudió á pararlo tuvo vendida su vida un instante, pero una mano rápida como el rayo contuvo el brazo criminal y el Jefe quedó á salvo.

De Juanillón era la mano que la Providencia usó en aquella ocasión.



..

Calmado el tumulto, preguntó el Jefe á Juanillón:

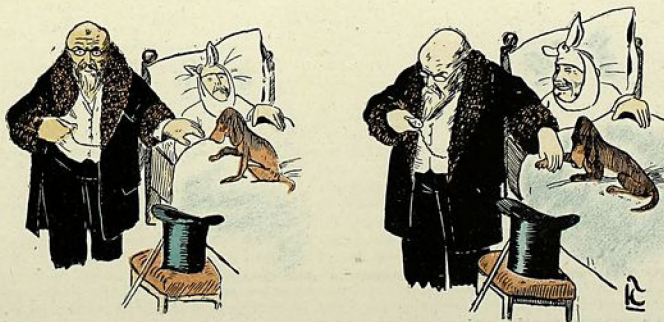
—Pero tú que odias á todos los hombres, ¿como me has salvado?

Juanillón no dijo nada, se encogió de hombros; pero luego refiriéndome el caso dijo:

—Si le he librado de morir es por que besó un día á mi hijo.

TOMÁS CARRETERO

## LA FUERZA DE LA COSTUMBRE





## CONFLICTO ENTRE DOS AMORES

Era Basilio un pobre que debía su sustento á la limosna.

Viejo, achacoso, débil, si tendía la mano al transeúnte, no era ciertamente por desfallecimientos del alma, sino por flaquezas del cuerpo.

Y no mendigaba para sí solo; mendigaba para su hija.

Y esta palabra, la palabra «hija» explicaba su abnegación sin límites; sus viajes de pueblo en pueblo, á pie, con nieve y con insolaciones; la renuncia de su orgullo de antiguo obrero, cuando iba al trabajo con la actitud de un héroe, abatida ahora la frente, sumisos los ojos, balbuciente la voz, cuando se trataba de conquistar el pan por medio de la súplica llorosa, para su adorada hija.

Esta, Adriana, merecía en verdad, toda idolatría.

Bella, graciosa, inteligente, no parecía nacida de hombre tan humilde. La naturaleza tiene esos caprichos, ó esas compensaciones.

En la cuna más oscura hace aparecer el genio que alumbró el mundo, del mismo modo que hace brotar la flor más linda y de más exquisito perfume en un terreno inculto.

Era Adriana de cabellos rubios como la espiga de los trigos en junio; de ojos azules como el cielo de un día primaveral; de tez blanca y aterciopelada como el pétalo de una azucena.

Su figura era esbelta; su andar, garbosísimo; su sonrisa llena de dulzura. Rodeábalas un encanto que subyugaba todos los corazones.

Era, en fin, una muchacha (pues no contaba arriba de diez y ocho años) creada para inspirar profundas pasiones. Y, en efecto, inspiró un amor loco, frenético, desesperado, un amor de esos que producen la muerte sino tienen satisfacción, en Eugenio, un señorito, muy rico, propietario de pingües fincas, y poseedor de un nombre linajudo, en uno de los pueblos cercanos al de Adriana.

Eugenio, al conocer á la hija del

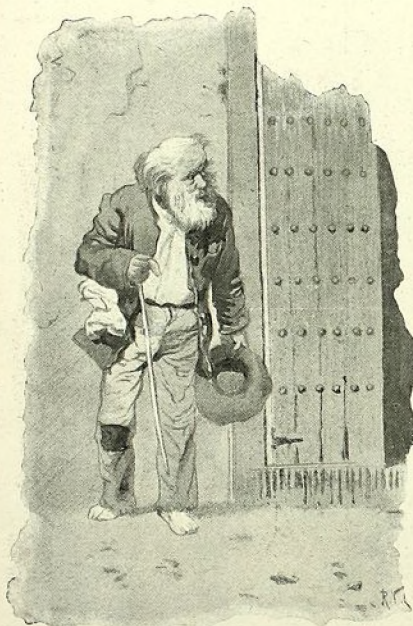
mendigo, y al averiguar su modestísima condición, fraguó planes de libertino.

Tenía alguna disculpa. Era joven, ligero, guapo; su mano, provista de dinero, había tocado siempre el fin de sus fantasías. ¿Qué extraño es que pensara que la hija de un mendigo sería para él una empresa facilísima? Se equivocó, sin embargo.

Adriana resistió, sin mogigatería, pero con entereza, las asechanzas de Eugenio. Y este, convencido al cabo de la inutilidad de sus propósitos, llevado por reprobables caminos, resolvió seriamente en cor tejar á Adriana en la forma cortés y apasionada con que se corteja á la mujer que se elige para esposa.

—Me casaré contigo,—le dijo un día Eugenio.—Pero me casaré si consientes, no sólo en separarte de tu padre, sino en no volverle jamás á ver. No es que yo le deteste, no. Pero, ya que arrastro las burlas de los que no comprenden el matrimonio sino como la unión de las fortunas semejantes, por lo menos deseo que mis hijos ignoren siempre que son nietos de un hombre que debía su vida á la piedad agena.

Replicó Adriana llorando. Su corazón luchaba entre dos sentimientos igualmente nobles. Amaba á su padre; pero también amaba á Eugenio.





No obstante, pronunció esta frase, que era como su sentencia de muerte:

—Yo nunca abandonaré á mi padre.

Estuvieron en suspenso las relaciones durante algún tiempo. Eugenio se marchó á su pueblo y Adriana se retiró á lo más escondido de su pobre casa para lamentar en la soledad su desgraciada suerte.

La ausencia no amortiguaba, sin embargo, la pasión de los dos amantes; antes bien la privación de verse y hablarse avivaba más el fuego de sus corazones.

Una noche, se presentó Basilio el mendigo en casa de Eugenio.

—Vengo,—le dijo,—á sacrificarme por mi hija. Cásese usted con ella. Conozco que serán ustedes felices. Ella le ama y usted también la ama. Aunque me sea doloroso, muy doloroso, renuncio á estar á su lado en la vida.

Eugenio, sin poder contestar nada, conmovido del sacrificio de aquel padre, le estrechó fuertemente la mano. En la puerta, acertó á decirle:

—No estará usted abandonado. Recibirá una pensión...

El mendigo no quiso escuchar más, y se alejó en la oscuridad de la noche. Ya iba á distancia, y se oían, por donde caminaba, desconsoladores sollozos.

Mas, Eugenio (así es el egoísmo humano) no pensó desde aquel instante más que en su felicidad. Dió orden de arreglar presurosamente todo lo necesario para la boda. Un mes después, ya era esposo de Adriana.

Para rehuir toda clase de impertinentes comentarios á lo que calificaba la gente de «locura», se instaló con su esposa en una de sus mejores casas de campo.

Allí vivieron contentísimos. Adriana era un ángel. Cada día que pasaba descubría en ella Eugenio una nueva belleza. Para coronar tanta ventura, al año, tuvieron un hijo hermosísimo.

La tarde del bautizo, concurrieron varios amigos invitados por Eugenio, á la morada campestre del felicísimo matrimonio.

Terminada la ceremonia, se brindó Eugenio á mostrar su casa á los amigos, y pidió las llaves de todas las habitaciones. Al llegar á una de ellas, que se hallaba en el piso más alto de la quinta, hallóla fuertemente cerrada. Probó todas las llaves y ninguna se ajustaba á la cerradura.

Adriana, que había guardado pocos días de cuarentena, y que había querido presenciar, ya de pie, el bautizo de su hijo, acompañaba á su marido é invitados en la excursión por la casa.

—¿Y la llave de esta puerta?—la preguntó Eugenio.

Adriana empalideció como un cadáver; tartamudeó algunas palabras, y, finalmente sacando una llave de su bolsillo, la entregó á Eugenio, diciendo: —¡Aquí está!

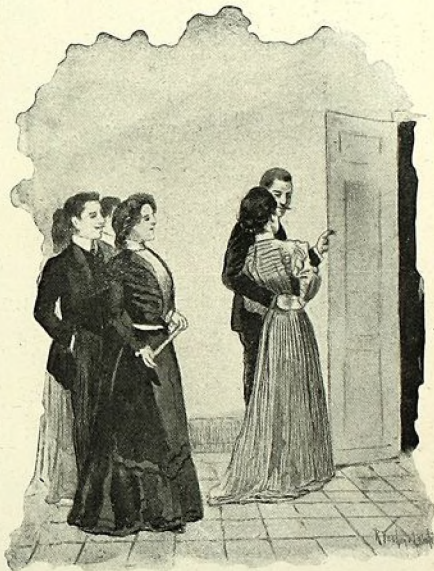
—¿Te has puesto mala?—la interrogó el marido afectuosamente, sosteniéndola con su brazo.

Y, luego, con misteriosa sonrisa, añadió: —¡Nada temas!

Abrió la puerta Eugenio. En la habitación apareció un hombre, un viejo. Era Basilio, el mendigo.

—¡Lo sabía!—exclamó Eugenio.—Sabía que todos los días se veían ustedes, allá afuera, en el campo. Sabía que el abuelo no quería morir sin ver á su nieto, y por eso ha entrado hoy en casa. Sabía que el sacrificio de este padre había sido sincero, leal, grandísimo; pero que la naturaleza se había superpuesto á todos los juramentos. Y como sabía yo todo esto, y admiraba el corazón de Adriana que desafiaba todo mi enojo, y acaso perdía su ventura, á trueque de no separarse de su padre; hoy que yo también soy padre, comprendo cuán absurda era mi pretensión. Me moriría de dolor si viera un día que mi hijo se avergonzaba de su padre, y me abandonaba. ¡Vengan, pues, todos á mis brazos!

JOSÉ DE SILES





IDLIO, cuadro de C. Detti



Sob  
el car  
tu gr  
tu gr  
que p  
la A  
de tu

Oy  
de A  
y á t  
como  
mand  
separ

Oy  
eco fi  
y no  
ni la  
no ha  
mas :

Es  
del a  
de su  
del p  
del t  
cual

Eco  
de un  
que i  
en ru  
que e  
marc

Lo  
A ca  
un re  
que t  
y yo  
de tr

Aq  
joh m  
de ti  
una  
y ad  
á ver

As  
el no  
en la  
á Mé  
lápic  
brot



## A ESPAÑA

Soberbia España, escucha de esta lira  
el canto entusiasmado, que la inspira  
tu grandeza, tu gloria esplendorosa,  
que potente, á una voz, proclama toda  
la América española; portentosa,  
de tu gloria y valor, sublime oda.

Oye, España, este canto que te envía  
de América esta pobre lira mía;  
y á ti llega cruzando el Óceano,  
como el suspiro que una tierna hija  
manda á la madre que el destino insano  
separa y en su mente lleva fija.

Oye el canto mezquino; mas sincero,  
eco fiel de la voz de un mundo entero;  
y no busques en él ni la hermosura,  
ni la idea atrevida del poeta;  
no hay en él ni armonía, ni dulzura;  
mas sí amor, sí verdad, franca y escueta.

Es el canto robusto del salvaje,  
del aroma impregnado del follaje  
de sus selvas, terrible cual rugido  
del puma, que su imperio en ellas siente;  
del torrente Amazonas cual bramido,  
cual la voz de los Andes en tormenta.

Eco fiel de la voz de un continente,  
de un mundo es el saludo fiel, ardiente  
que á ti llega ¡oh España, tan amada!  
en rudos y sinceros sus cantares,  
que dejando esta tierra en la alborada  
marcha envuelto en las nubes de los mares.

Los ríos, y los lagos, y las sierras,  
A cada paso que de en estas tierras,  
un recuerdo, una gloria tuya miro  
que todo aquí demuestra tu grandeza  
y yo en ti, noble España, absorto admiro,  
de tu historia sublime la belleza.

Aquí encuentra en el pecho americano  
¡oh madre! el hijo tuyo un leal hermano;  
de ti, madre común hijos nacimos,  
una lengua común tú nos legaste;  
y admirando tus glorias aprendimos  
á venerar esa lengua que dejaste.

Así como el soberbio monumento  
el nombre del autor, de tal portento,  
en la piedra nos muestra, del estrecho  
á Méjico, la azteca, fiera hurraja;  
lápida es que al contemplar de todo pecho  
brota un grito sublime: ¡Gloria á España!

ANGEL J. OSIGGI GALLI





## DESCUBRIMIENTO PRODIGIOSO



Como asegura un periódico científico que las aves pueden servir de barómetro, he comprado una gallina blanca.



Siguiendo las prescripciones de aquel he mezclado pimienta de cayena á la comida de la gallina... ¡y esta se ha vuelto de color de rosa!



Sabido es que este color es sensible á la humedad; así es que cuanto más se acerca la lluvia, la gallina se vuelve roja, escarlata, carmín, etc., sirviéndome de barómetro.



Este resultado me llevó á intentar el mismo experimento en una joven alegre y más blanca que la nieve.



La convidé á cenar, eché en su plato, sin que lo notase, cierta cantidad de pimienta, y enseguida adquirió el color de rosa.



Luego pasó al color escarlata... ¡y aquella noche llovió á mares! ¡La prueba era concluyente!



Administré la pimienta á un anciano, cuyos blancos cabellos se pusieron de color de cereza, animóse extraordinariamente... ¡Y aquella noche llovió á torrentes!



Convencido ya, tomé una criada albina, á la que administré, cada día, la pimienta; al salir á la calle la miro el cabello y, según el color de este, saco el bastón ó el paraguas.



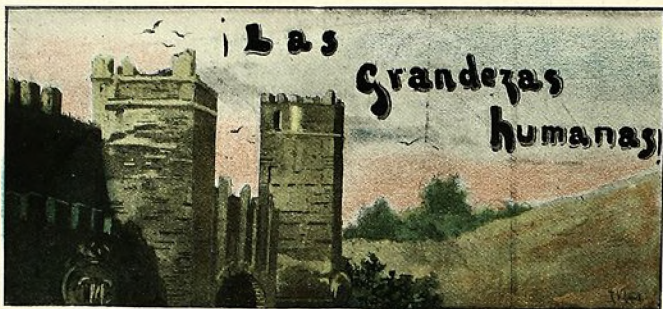


MARIPOSA que el viento  
cruza liviana,  
de la flor y del ave  
feliz hermana,  
pues te da el cielo  
de la flor los matices.  
del ave el vuelo;

agitadas del viento  
de las pasiones  
son imágenes tuyas  
las ilusiones:  
siempre suaves,  
tornasolan cual flores,  
huyen cual aves.

FEDERICO BALART





A trescientos metros de la villa cuyas casas blancas se arraciman en la escarpada ladera hundiendo en las espinosas breñas los graníticos cimientos y levantando sus altos muros sobre la llanura inmensa que herida por el sol poniente se esfuma con tonos violáceos, el viejo castillo de los Marqueses de Montferradas ofrece al mando sus ruinas.

El castillo no es un viejo, es un muerto. De su antigua grandeza solo quedan misereros despojos: los arcos desmoronados parecen costillas del monstruo de piedra fracturadas en su caída, y los torreones de almenas melladas simulan las mandíbulas de un esqueleto desdentado.

Los buitres anidan en sus cumbrs, los lagartos en las grietas de sus muros y los pilluelos y vagabundos en sus corredores y en sus patios.

En los repliegues de aquellos despojos de piedra se guarecen también los despojos sociales, y sobre montones de paja podrida al abrigo de aquellos muros, al resguardo de aquellas rocas duermen los mendigos y los hamposos desarrapados que cruzan por el país.

En el frontis de un muro cuarteado, el escudo de los Montferradas muestra esculpido en el granito los que fueron cuarteles de trazos vigorosos y que ahora, recubiertos de amarillentos líquenes que invaden la piedra y la carcomen, anublan sus líneas que parecen cubiertas del matiz de la muerte.

¡El emblema de aquella casa; el blasón que representa su historia, su espíritu, su vida parece un informe desconchado del muro que al cruzar los cuervos aventan con sus alas!

Aterridos de frío y calados por la lluvia, á la caída de una tarde de enero se refugiaron en las ruinas del castillo unos cuantos mendigos. Reunieron alguna leña, hicieron una hoguera debajo de unos arcos, ahumados ya con tales profanaciones, y después de secar á la lumbre sus guñapos y de guisar cantidad de patatas en un caldero, se pusieron á cenar la bazofia, producto de sus merodeos y de sus postulaciones trashumantes.

Cuando en esta operación, sabrosa para ellos, se hallaban engolfados, vieron que se les acercaban algunos caballeros que á la incierta luz vespertina contemplaban con asombro las ruinas del castillo, en tanto que uno de ellos que parecía ser el más conocedor de aquellos lugares, les daba minuciosos pormenores históricos sobre el castillo y sus antiguos moradores.

Los mendigos no prestaron atención á la inoportuna visita y continuaron con la cabeza baja y algo recelosos comiendo sus patatas; tan solo uno de ellos volvió el rostro y escuchó un momento lo que decían los excursionistas, sorprendido de que les pudiera interesar aquel montón de piedras llenas de lagartijas y yerbajos.

Sin embargo, entre lo que escuchó á aquellos hombres se percató de una frase que le penetró por el oído despertándole amargos recuerdos y suscitándole ideas hondas y graves que le impulsaban á comunicárselas á sus compañeros, á pesar del temor de que se rieran de él.

Este mendigo era el más joven de la cuadrilla; le llamaban el *Melao*, sin duda por su condición dulce y bondadosa, por su modo de hablar pastoso y suave y hasta por cierta gordura burguesa que contrastaba con su oficio de merodeador y mendicante.

Cuando se fueron los excursionistas, el *Melao*, con la boca llena de patatas, dijo gravemente á sus compañeros:

—¿Habéis oído lo que han dicho?

—No... ¿Qué?



—Que este castillo fué de los marqueses de Montferradas.

—Buen provecho, ahora es nuestro y de las ratas y de todo el mundo,—replicó el más viejo de los mendigos.

—Acaso sea más mío que vuestro,—dijo el *Melao*.

Los otros, sin comprender lo que el *Melao* quería decir, le miraron con extrañeza, en tanto que el mendigo continuó diciendo.

—Cuando yo era niño vivía con mi madre en Toledo; recuerdo que habíamos en una casucha muy húmeda desde la cual se escuchaba el constante rugido del río Tajo despidiéndose bajo el puente de San Martín. Yo iba á pedir limosna y mi madre á lavar y tan solo nos reuníamos por la noche, los dos rendidos de cansancio y de hambre. En ocasión de estar mi madre enferma, llamó á la puerta de nuestra casa un caballero, dijo á mi madre que había recibido su carta y que no volviera á escribirle, le entregó cinco duros á regañadientes, añadiendo que no le pidiera más porque no podía darle nada y ya se disponía á marcharse, cuando mi madre le dijo: —Señorito, ¿no quiere usted ver al niño? Ahí le tiene usted.—Aquel hombre me miró con curiosidad, me pasó la mano por la nuca, como quien acaricia un perro, y se alejó de la casa sin volver la cabeza y sin decir adiós. Mi madre se quedó llorando, y cuando yo la pregunté por la causa de sus lágrimas, me respondió: —¡Te parece bonito el recibimiento que te ha hecho tu padre! Porque has de saber que ese señorito es tu padre, aun cuando tú no llevas ni puedes llevar su apellido.—Pregunté yo á mi madre, inspirado por el hambre, si mi padre tenía dinero y ella me dijo que era un marqués tronado en cuya casa había ella estado sirviendo, y que el juego y los malos negocios le habían reducido á la mayor miseria. No volví á oírme de mi señor padre, que ha muerto sin sucesores legítimos, hasta que al oír su nombre en labios de estos hombres he descubierto que este castillo ruinoso donde nos encontramos ha pertenecido á mi familia.

—¡Caracoles,—exclamó uno de los mendigos,—ignorábamos que teníamos el honor de estar en compañía del señor Marqués de Montferradas!

—¡Adiós título!—replicó otro en tanto que se quitaba cómicamente la grasienta gorra con la más grasienta mano.

—Ya que está *usta* en su castillo mande á los criados que nos arreglen las camas.

Cada cual dijo al infeliz *Melao* la cuchufleta y la burla que le pareció más del caso y no contentos con ofrecerle de palabra, comenzaron á echarle al rostro las patatas que había sobrantes de la cena y á tiznarle la cara con el hollín del caldero, dándole de pasada un mojicón en cada tiznadura.

No pudiendo sufrir tan despiadada burla, lleno de cólera y balbuciendo maldiciones, cogió el *Melao* un brazado de paja y se apartó de sus compañeros acomodándose bajo el dintel de una puerta, en un extremo del ruinoso patio.

Cerró la noche por completo: la luna iluminaba de soslayo las altas cresterías de granito, algún ave nocturna tendía desde ellas su vuelo siniestro; á lo lejos ladraba el mastín de alguna dehesa, de vez en cuando se escuchaba el canturrear de un mozo y el lento pisar de una yunta de mulas que volvían fatigados de la ruda labor; después estas notas se extinguieron y solo el murmullo lejano del río turbaba la fría calma de la noche.

En tanto que los mendigos dormían se miraba á lo largo de la encharcada carretera avanzar una gran mancha cienicienta que despertaba el confuso ruido de incesante chapoteo y el ronco estridor de siniestros gruñidos. Aquella mancha hormigueaba por las ondulaciones de la ruta y avanzando siempre hacia el castillo destacaba á cada instante con más claridad y rudeza el desasosegado rumor de centenares de gruñidos.

Era una piara de cerdos que conducidos por un zagal, venían á refugiarse en el patio central del castillo. Allí penetraron los inmundos animales con feroz estrépito impregnando el aire con el hedor acre de su grasa y con el resoplar de sus groseros gaznates.





Los mendigos, trepando por las grietas, fueron á refugiarse en una habitación derruida que ocupaba la parte alta de una torre, pero el infeliz *Melao* ó por temor ó por sueño quedó allí confundido con las pesadas bestias.

Al poco rato, entre dormido y despierto, comenzó á rascarse los pies descalzos, después llevóse la mano inquieta de una parte á otra de su cuerpo, más adelante se despertó nervioso porque la picazón era constante, plena, insufrible; y se puso de pie escarbandó con los dedos crispados, por debajo de sus harapos, en tanto que miraba con rencor á aquellos obesos animales que gruñían y roncaban felices sobre el húmedo suelo, y como á pesar de estar derecho y de agitarse la invasión de los insectos arreciaba por su cuerpo medio desnudo; temblando de frío y de agudos escozones, se alejó del castillo á la luz de la luna, saltando entre los cerdos y rascándose sin tregua, con las diez uñas bailando sobre el velludo pecho.

—¡Malditos cerdos que me echan!

De esta manera salió de su castillo el último Marqués de Montferradas,

RAFAEL TORROMÉ



JAQUEMATE, (cuadro de Cederström)

Hé ahí á esos santos varones entretenidos en honestos pasatiempos. ¿Cómo censurarles? ¡Pasan una vida tan llena de privaciones! ¡Qué de maceraciones, cilicios, ayunos y penitencias! Su único pensamiento está en ganar la vida eterna, para sí y para los otros. Nada de mundanales devaneos, nada de carnales concupiscencias, nada de esas pasiones que le llevan á uno al palo, ó á presidio *ora* por matar al padre, *ora* por nacer picadillo de la manceba, *ora* por otras causas... criminales

¡Dejarles que descansen un rato de sus fatigosas tareas, de sus gravísimas ocupaciones! ¡Qué jueguen al ajedrez, en espera de volver á las maceraciones, cilicios y penitencias! Sería una verdadera lástima que por exceso de meditaciones y ayunos se pusieran enfermos esos dignos siervos del Señor. ¿Qué sería de los pobres, de los desvalidos y los desgraciados, que tanto les deben?



# PEPITORIA

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno 58.º de regalo del álbum JOYAS DEL ARTE.

## BIBLIOTECA ROSA

*Sidonio y Mederico*, por Emilio Zola.

*La piel de león*, por Carlos de Bernard.

*El amor de una muerta*, por Aureliano Scholl.

*La voluntad de una muerta*, por Emilio Zola.

*El fin de Lucia Pellegrin*, por Paul Alexis.

*Santiago Damour*, por Emilio Zola.

*La fiesta de Coqueville*, por Emilio Zola.

*El secreto del cadalso*, por Villiers de L'Isle Adam.

*Sin trabajo*, por Emilio Zola.

*Los sufrimientos de un húsar* (ilustrada), por Paul de Molènes.

*El maestro de escuela*, por Federico Soulié.

*La inocencia de un vresidiario*, por Carlos de Bernard.

Para pedidos dirigirse a la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

## Problema de ajedrez núm. 3 POR NOVEJARQUE

Negras



Blancas

Las blancas juegan, y dan mate en 2 jugadas.

## LOS VENGADORES

Piensa que las ilusiones son tejados de cristal, y que si el de alguno aulebras, el tuyo pueden quebrar.

Para coger el fruto de la palmera, subió un hombre a sus ramas con una cuerda; más ya en lo alto, pinchándole las plás le desplomaron. Otro que llegó luego junto al cadáver, también con intenciones de comer dátiles, visto el suceso, de más fácil manera quiso cogerlos. Requirió al punto un hacha, golpeó el tronco y a la ingrata palmera tumbó en el polvo.

Por alcanzar tus gracias, mármol de carne, subió un hombre en la cuerda de sus afanes. Con tu desprecio, pronto rompiste el lazo. Y el cayó muerto. Conocida la historia de tal desgracia, otro hombre, más astuto, quiso vengarla. Tras largo asedio, tus fuerzas a sus golpes no resistieron, y, desde la alta cumbre de tu pureza,

rodaste hacia el abismo sencia y maldrecha. ¡Tal han caído siempre los vencedores; al fin, vencidos...!

Mujer: Pues tus traiciones hoy me recuerdan el insensato crimen de la palmera, piensa, te advierto, que hachas fabrica el hombre con sus deseos.

EMILIO NAVARRO

La Magnesia San-Imol es la de más eficacia, tanto en Grecia como en Gracia, ya de noche, ya con sol.

## La solución en el próximo número

### SOLUCIÓN

al pasatiempo del número anterior

Jeroglífico pictórico. —

## M EN ESES

**MENESES** (Francisco) Osorio Pintor español del siglo XVII que vivió en Sevilla, donde fue uno de los mejores discípulos de Murillo.

### CORRESPONDENCIA PARTICULAR

A. A. M.—Sevilla.—La poesía que ha enviado es muy sentida y desde luego queda aceptada, aunque no puedo prometerle que se publique pronto.

C. G. y L.—Madrid.—El cuento está muy bien escrito, pero perdería su oportunidad cuando llegase a publicarse.

Español.—Los romances históricos han pasado... a eso precisamente, a la historia. La otra poesía resulta asimismo fuera de tiempo, pues nadie cree hoy en la existencia de personajes como el que usted pinta.

A. U. C.—Sevilla.—Los artículos que ha enviado están admitidos, y se publicarán a no tardar. El último que he recibido no gustaría a todos. Respecto a la forma de enviar las cuartillas como original de imprenta, con poder sellas de impresos y dejar abierto el sobre o recortarlo por los ángulos sale usted del paso.

E. Ch. A.—Granada.—Los cantares son algo enrevesados.

El Poeta.—Reconozco que la poesía está bien verificada, pero esa moda de tener tan alejados los consonantes no gusta a la mayoría de los lectores, que se olvidan de que haya una rima, cinco versos más arriba, y creen que se trata de versos blancos, lo cual unido a la variedad de los ritmos produce un efecto desconcertante. Conste que yo no censuro nada; me limito a dejar sentado un hecho.

La poesía sobre carnaval ha llegado tarde. F. R. de S.—Madrid.—El cuento está perfectamente.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA \* INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL «LA IBÉRICA», PLAZA DE TETUÁN, 50—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid



AUSTRIA-HUNGRIA



CABALLERÍA: SOLDADO DE HULANOS